

EL SOBORNO

John Grisham

1

En la radio por satélite sonaba jazz suave, una solución de compromiso. Lacy, la propietaria del Prius y por tanto de la radio, detestaba el rap casi tanto como Hugo, su copiloto, odiaba el country contemporáneo. No habían conseguido ponerse de acuerdo en los programas de deportes, la radio pública, los éxitos de hoy y de siempre, la comedia para adultos ni la BBC, y ni siquiera habían intentado acercarse al bluegrass, la CNN, la ópera y otro centenar de emisoras más. De resultas de la decepción de ella y el cansancio de él, los dos tiraron la toalla y se decidieron por el jazz suave. Suave, para que no perturbara la larga y profunda siesta de Hugo. Suave, porque a Lacy tampoco le hacía mucha gracia el jazz. Era otra concesión más, una de las muchas que habían apuntalado su trabajo en equipo a lo largo de los años. Él dormía mientras ella conducía y los dos estaban contentos.

Antes de la Gran Recesión, la Comisión de Conducta Judicial disponía de una pequeña flota de automóviles Honda de propiedad estatal, todos con cinco puertas, de color blanco y con pocos kilómetros. Ahora Lacy, Hugo e innumerables funcionarios más de Florida tenían que usar sus vehículos particulares para su trabajo, por lo que luego recibían un reembolso de treinta centavos por kilómetro. Hugo, que tenía cuatro críos y una hipoteca de aúpa, conducía un Bronco del año de la pera que apenas era capaz de llevarle a la oficina, mucho menos le servía para hacer un viaje por carretera. Así pues, él se dedicaba a dormir.

Lacy disfrutaba de la calma. Llevaba la mayoría de los casos sola, al igual que sus colegas. Unos recortes más severos habían diezmando la oficina, y la CCJ había quedado reducida a sus seis últimos investigadores. Siete en un estado de veinte millones de personas, con un millar de jueces que presidían seiscientos tribunales y llevaban medio millón de casos al año. Lacy agradecía enormemente que casi todos los jueces fueran personas honradas y trabajadoras, comprometidas con la justicia y la igualdad. De no ser así, habría dejado su trabajo hacía mucho tiempo. El reducido número de manzanas podridas la tenía ocupada cincuenta horas a la semana.

Tocó con suavidad el mando de los intermitentes y aminoró la marcha en la rampa de salida. Cuando el coche se detuvo, Hugo se incorporó de pronto, como si ya estuviera completamente despierto y listo para la jornada.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—Casi hemos llegado. Veinte minutos. Ahora puedes volverte hacia la derecha y roncar en dirección a la ventanilla.

—Lo siento. ¿Roncaba?

—Siempre lo haces, por lo menos eso dice tu mujer.

—Bueno, en mi defensa he de decirte que a las tres de la mañana estaba dando vueltas por casa con su último hijo en brazos. Creo que es una niña. ¿Cómo se llama?

—¿Tu mujer o tu hija?

—Ja, ja.

La encantadora y perpetuamente embarazada Verna guardaba pocos secretos en lo tocante a su marido. Uno de sus cometidos era mantener a raya el ego de Hugo, lo que no era tarea fácil. En una vida anterior había sido una estrella del fútbol americano en el instituto, luego un fichaje de primera para la Universidad Estatal de Florida y el primer alumno debutante que había formaba parte del equipo titular. Era un defensa durísimo y deslumbrante, al menos durante tres partidos y medio, hasta que lo sacaron del campo en camilla con una vértebra fastidiada en la parte superior de la columna. Juró que volvería a jugar, pero su madre se opuso. Se licenció con honores y luego fue a la facultad de Derecho. Sus tiempos de gloria estaban desvaneciéndose rápidamente, pero siempre conservaría algo de la arrogancia de los jugadores de primer nivel. No podía evitarlo.

—Veinte minutos, ¿eh? —gruñó.

—Claro, o no. Si lo prefieres, te dejo en el coche con el motor en marcha y puedes dormir todo el día entero.

—Quiero otro compañero —dijo después de volverse hacia la derecha y cerrar los ojos.

—Tu idea no está mal, pero el problema es que nadie más quiere trabajar contigo.

—Y que tenga un coche más grande.

—Consume solo unos ocho litros cada cien kilómetros.

Hugo volvió a gruñir y se quedó quieto; luego se contrajo, se sacudió un poco, masculló algo y se sentó erguido.

—¿Qué estamos escuchando? —dijo frotándose los ojos.

—Ya hemos hablado de ello hace mucho rato, al salir de Tallahassee, justo cuando estabas iniciando la hibernación.

—Creo recordar que me he ofrecido a conducir.

—Sí, con un ojo abierto. Qué detalle por tu parte. ¿Cómo está Pippin?

—Llora mucho. Por lo general, y lo digo por mi amplia experiencia, cuando un recién nacido llora es por algo. Comida, agua, el pañal, su mami, lo que sea. Esta no. Berrea porque le da la gana. No sabes lo que te pierdes.

—Si lo recuerdas, he paseado a Pippin en brazos un par de veces.

—Sí, y Dios te bendiga por ello. ¿Puedes venir esta noche?

—Cuando quieras. Oye, es la cuarta. ¿Os habéis planteado eso del control de la natalidad?

—Estamos empezando a hablar de ello. Y ya que estamos, ¿qué tal tu vida sexual?

—Lo siento. Ha sido culpa mía.

Lacy tenía treinta y seis años, era soltera y atractiva, y su vida sexual era motivo de discreta curiosidad en la oficina.

Iban hacia el este, en dirección al océano Atlántico. Saint Augustine estaba a doce kilómetros por aquella carretera.

—¿Y has estado allí alguna vez? —preguntó Hugo, y entonces Lacy apagó por fin la radio.

—Sí, hace unos años. Mi novio de entonces y yo pasamos una semana en la playa, en el apartamento de un amigo.

—¿Mucho sexo?

—Ya estamos otra vez. ¿Siempre estás pensando en lo mismo?

—Bueno, ahora que lo dices, he de reconocer que sí. Además, tienes que entender que Pippin acaba de cumplir un mes, lo que significa que Verna y yo no tenemos relaciones normales desde hace por lo menos tres meses. Sigo manteniendo, al menos ante mí mismo, que me cerró el grifo tres semanas antes de lo debido, pero eso no acaba de estar claro. La verdad es que no puedo dar marcha atrás y ponerme al día, ¿sabes? Así que voy bastante quemado; no sé si ella piensa lo mismo. Tres enanos y un recién nacido son puro veneno para el asunto de la intimidad.

—No creo que yo llegue a averiguarlo.

Hugo intentó centrarse en la autopista un par de kilómetros, pero luego empezaron a pesarle los párpados y comenzó a dar cabezadas. Lacy le miró de reojo y sonrió. En los nueve años que llevaba en la Comisión, Hugo y ella habían trabajado juntos en una decena de casos. Formaban un buen equipo y confiaban el uno en el otro, y ambos sabían que cualquier comportamiento inadecuado por parte de él —algo que nunca se había producido hasta la fecha— llegaría a los oídos de Verna de inmediato. Lacy trabajaba con Hugo, pero cotilleaba y se iba de compras con Verna.

Saint Augustine se promocionaba como la ciudad más antigua de América, el lugar exacto donde Ponce de León desembarcó para iniciar su exploración. Tenía mucha historia y turismo de sobra, y era una ciudad preciosa con edificios históricos y denso musgo español que pendía de unos robles antiquísimos. A medida que se acercaban a las afueras, el tráfico se volvía más lento y los autobuses turísticos se iban deteniendo. A su derecha y a lo lejos, una vieja catedral dominaba la ciudad. Lacy lo recordaba todo muy bien. La semana con aquel novio había sido un desastre, pero tenía gratos recuerdos de Saint Augustine.

Uno de sus muchos desastres.

—¿Y quién es esa misteriosa garganta profunda con la que supuestamente vamos a vernos? —preguntó Hugo frotándose de nuevo los ojos, ahora decidido a seguir despierto.

—Aún no lo sé, pero su nombre en clave es Randy.

—De acuerdo, y haz el favor de recordarme por qué venimos los dos a encontrarnos en secreto con un hombre que utiliza un alias y que aún no ha presentado ninguna denuncia formal contra alguno de nuestros estimados jueces.

—No puedo explicártelo. Pero he hablado tres veces con él por teléfono y parece que, bueno, va bastante en serio.

—Estupendo. ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con un denunciante que no pareciera que, bueno, iba bastante en serio?

—Tú sígueme el rollo, ¿vale? Michael dijo que viniéramos y aquí estamos. —Michael era el director, su jefe.

—Claro. ¿Hay alguna pista sobre la presunta falta de ética?

—Bueno, sí. Randy dijo que era de las gordas.

—Vaya, eso no lo había oído nunca.

Doblaron por King Street y avanzaron lentamente con el tráfico que se dirigía al centro. Estaban a mediados de julio, lo que todavía era temporada alta en el norte de Florida, y por las aceras vagaban turistas en bermudas y sandalias que no parecían ir a ninguna parte en concreto. Lacy aparcó en una bocacalle y se unieron a la masa de turistas. Fueron a una cafetería, donde mataron el tiempo durante media hora hojeando folletos de agencias inmobiliarias impresos en papel satinado. A mediodía, tal como les habían indicado, acudieron al Luca's Grill y encargaron una mesa para tres. Pidieron un té con hielo y esperaron. Transcurrieron treinta minutos sin que Randy diera señales de vida, así que pidieron unos sándwiches. Patatas fritas de guarnición para Hugo, fruta para Lacy. Comieron tan despacio como podían, atentos a la puerta y a la espera.

En tanto que abogados, valoraban su tiempo. En tanto que investigadores, habían aprendido a tener paciencia. A menudo los dos papeles entraban en conflicto.

A las dos de la tarde se dieron por vencidos y volvieron al coche, que estaba más sofocante que una sauna. Cuando Lacy estaba girando la llave del contacto, su móvil vibró. Número desconocido.

—Sí —respondió tras descolgar.

—Le pedí que acudiera sola —contestó una voz de hombre. Era Randy.

—Supongo que tiene derecho a hacerlo. Habíamos quedado a mediodía para almorzar.

Entonces hubo una pausa.

—Estoy en el puerto deportivo municipal, al final de King Street, a tres manzanas. Dígale a su amigo que se pierda y hablemos.

—Mire, Randy, no soy poli y no se me da muy bien el rollo ese de los espías. Voy a reunirme con usted, para saludarle y tal, pero si no me dice su nombre auténtico en sesenta segundos, me largo.

—Muy bien.

Lacy colgó.

—Muy bien —dijo entre dientes.

En el puerto deportivo había bastante actividad entre las embarcaciones de recreo y algún que otro barco de pesca que iba y venía. Por un largo pontón estaba desembarcando toda una manada de bulliciosos turistas. Un restaurante con un patio a orillas del mar seguía atendiendo a numerosos clientes. Las tripulaciones de los barcos de alquiler limpiaban las cubiertas a manguerazos y los preparaban de cara a las excursiones del día siguiente.

Lacy enfiló el embarcadero central y empezó a buscar el rostro de un hombre al que no había visto nunca. Más adelante, plantado junto a un surtidor de combustible, un vagabundo playero entrado en años le dirigió un saludito torpe con la mano y un asentimiento. Ella le devolvió el gesto con la cabeza y siguió adelante. Tenía unos sesenta años, y demasiado pelo entrecano asomaba de debajo de un sombrero panamá. Bermudas, sandalias, una camisa de flores de colores chillones, y la típica tez bronceada y curtida de quien ha pasado demasiado tiempo al sol. Llevaba los ojos cubiertos por unas gafas de aviador.

—Usted debe de ser Lacy Stoltz —dijo tras acercarse a ella con una sonrisa.

—Sí. ¿Y usted es...? —dijo al tiempo que le estrechaba la mano.

—Me llamo Ramsey Mix. Encantado de conocerla.

—Encantada. Habíamos quedado a mediodía.

—Lo siento. He tenido un problemilla con el barco. —Señaló con un gesto de la cabeza hacia una gran lancha motora que estaba amarrada al final del embarcadero. No era la embarcación de más eslora que había en el puerto en aquellos momentos, pero andaba cerca—. ¿Podemos hablar allí? —preguntó.

—¿En el barco?

—Claro. Es mucho más discreto.

Meterse en un barco con un tipo al que no conocía de nada le pareció una mala idea y tuvo dudas.

—¿Quién es el negro? —preguntó Mix antes de que ella pudiera contestar.

Miraba en dirección a King Street. Lacy se volvió y vio que Hugo seguía con aire despreocupado a una manada de turistas que se acercaba al puerto deportivo.

—Es mi colega —dijo ella.

—¿Una especie de guardaespaldas?

—No me hace falta ninguno, señor Mix. No vamos armados, pero mi amigo podría tirarle al agua en un abrir y cerrar de ojos.

—Esperemos que no sea necesario. Vengo en son de paz.

—Me alegra oírlo. Voy a subir al barco, pero solo si no hace nada raro. Si arranca el motor, la reunión se ha terminado.

—Me parece bien.

Lacy lo siguió por el embarcadero, pasaron por delante de una hilera de veleros que tenían pinta de llevar meses sin ver mar abierto y llegaron a su embarcación, que tenía el ingenioso nombre de Conspirator. Subió a bordo y le tendió una mano para ayudarla a subir. En cubierta, bajo un toldo de lona, había una mesita de madera con cuatro sillas plegables.

—Bienvenida a bordo. Tome asiento —dijo el hombre mientras señalaba una silla con un gesto.

Lacy se hizo una rápida idea del entorno.

—¿Estamos solos? —dijo, aún de pie.

—Bueno, no del todo. Tengo una amiga a la que le gusta salir a navegar conmigo. Se llama Carlita. ¿Quiere conocerla?

—Solo si tiene alguna importancia para su historia.

—Ninguna. —Mix miraba hacia el puerto: allí estaba Hugo, apoyado en una barandilla. Este saludó con la mano, como si quisiera decir: «Lo veo todo». Mix le devolvió el saludo y dijo—: ¿Puedo preguntarle una cosa?

—Claro —accedió Lacy.

—¿Me equivoco al pensar que pondrá en conocimiento del señor Hatch lo que estoy a punto de contarle?

—Es mi colega. Trabajamos juntos en algunos casos, puede que en este. ¿Cómo sabe su nombre?

—Resulta que tengo ordenador. He echado un vistazo a la página web. La CCJ tendría que ponerla al día, la verdad.

—Ya lo sé. Recortes presupuestarios.

—Su nombre me suena vagamente de algo.

—Tuvo una breve carrera como jugador de fútbol americano en la Universidad Estatal de Florida.

—Igual es eso. Soy seguidor de los Gators.

Lacy prefirió no responder nada. Aquello era típico del Sur, donde la gente se aferraba a los equipos de fútbol americano universitario con un fanatismo que a ella siempre le había resultado irritante.

—Entonces se enterará de todo, ¿no? —inquirió Mix.

—Sí.

—Llámelo. Voy a sacar algo de beber.

2

Carlita sirvió las bebidas en una bandeja de madera: refrescos light para Lacy y Hugo, un botellín de cerveza para Mix. Era una hispana atractiva, al menos veinte años más joven que él, y parecía contenta de tener invitados, sobre todo otra mujer.

—Una pregunta rápida. El número de teléfono que ha usado hace un cuarto de hora era distinto al que utilizó la semana pasada —dijo Lacy, después de anotar algo en su bloc.

—¿Eso es una pregunta? —repuso Mix.

—Se le parece bastante.

—Bien. Uso muchos teléfonos de prepago. Y me muevo de aquí para allá todo el tiempo. Supongo que el número que tengo de usted es un móvil facilitado por el estado, ¿verdad?

—Así es. No utilizamos teléfonos particulares para asuntos del estado, de manera que no es probable que mi número cambie.

—Supongo que así será más sencillo. Yo cambio de teléfono cada mes, a veces cada semana.

Hasta el momento, en los cinco primeros minutos que llevaban juntos, todo lo que Mix decía no hacía más que abrir la puerta a más preguntas. Lacy seguía molesta por que le hubiera dado plantón para almorzar, algo que no le había causado una buena primera impresión.

—Bien, señor Mix, ahora Hugo y yo nos callaremos, y usted empezará a hablar. Cuéntenos su historia y, si hay grandes lagunas que nos obligan a devanarnos los sesos e ir a tuestas en la oscuridad, nos aburriremos y volveremos a casa. Por teléfono fue lo bastante convincente para hacernos venir. Empezé a hablar.

—¿Es siempre tan directa? —preguntó Mix con una sonrisa en los labios mientras miraba a Hugo.

Este asintió sin sonreír. Entrelazó las manos encima de la mesa y aguardó. Lacy dejó el bolígrafo.

—He ejercido de abogado en Pensacola durante treinta años —comenzó tras darle un buen trago a la cerveza—. Formaba parte de un bufete pequeño: por lo general éramos cinco o seis abogados. En otras épocas nos iba bien y la vida era estupenda. Uno de mis primeros clientes fue un promotor inmobiliario, un pez gordo que construía urbanizaciones, parcelaciones, hoteles, centros comerciales, las típicas obras de Florida que se levantan de la noche a la mañana. Yo no confiaba en aquel tipo, pero este estaba ganando tanto dinero que al final mordí el anzuelo. Me permitió tomar parte en ciertos negocios, sacar pequeñas tajadas aquí y allá, y durante un tiempo todo funcionó. Empecé a soñar con hacerme rico, lo que, por lo menos en Florida, puede conllevar graves problemas. Mi amigo estaba amañando las cuentas y acumulando demasiadas deudas, algo de lo que yo no estaba al tanto. Resulta que hubo algunos préstamos fraudulentos; en realidad, todo era fraudulento, y el FBI entró en juego con una de sus bombas racimo patentadas contra el crimen organizado y acusó a la mitad de Pensacola, yo incluido. Se pillaron los dedos muchas personas: promotores, banqueros, agentes inmobiliarios, abogados y demás estafadores. Probablemente no hayan oído hablar de ese caso porque ustedes investigan a jueces, no a abogados. Sea como sea, cambié de bando, canté de plano y llegué a un acuerdo: me declaré culpable de un cargo de fraude postal y pasé dieciséis meses en una prisión federal. Perdí la licencia de abogado e hice muchos enemigos. Ahora procuro no llamar la atención. Solicité que me volvieran a conceder la licencia y la recuperé. Hoy en día solo tengo un cliente, y es el individuo del que vamos a hablar a partir de ahora. ¿Alguna pregunta? —Cogió un expediente sin etiquetar de la silla que no ocupaba nadie y se lo pasó a Lacy—. Aquí tienen toda la exclusiva sobre mí. Artículos de prensa, mi acuerdo con la fiscalía, todo lo que puede hacerles falta. Soy legal, o tanto como puede serlo un exconvicto, y hasta la última palabra que les he dicho es cierta.

—¿Cuál es su dirección actual? —preguntó Hugo.

—Tengo un hermano en Myrtle Beach y uso su dirección con fines legales. Carlita tiene una casa en Tampa y recibo algo de correo allí. Pero, básicamente, vivo en esta

embarcación. Tengo teléfonos, fax, wifi, una pequeña ducha, cerveza fría y una buena mujer. Soy feliz. Vamos de aquí para allá por Florida, los Cayos, las Bahamas. No es una mala jubilación, gracias al Tío Sam.

—¿Cómo es que tiene un cliente? —preguntó Lacy, haciendo caso omiso del expediente.

—Se trata del amigo de un viejo amigo que está al tanto de mi turbio pasado y cree que estoy dispuesto a jugármela por una buena minuta. Y tiene razón: mi amigo me buscó y me convenció para aceptar este caso. No me pregunten el nombre del cliente, porque no lo sé. Mi amigo hace de intermediario.

—¿No sabe el nombre de su cliente? —preguntó Lacy.

—No, ni quiero.

—¿Se supone que debemos preguntarle el porqué o sencillamente aceptar su respuesta? —indagó Hugo.

—Esa es la primera laguna, señor Mix —señaló Lacy—. Y no nos gustan las lagunas. Cuéntenoslo todo o nos largaremos sin llevarnos nada de esto.

—Relájense, ¿de acuerdo? —dijo Mix a la vez que le daba un trago a su cerveza—. Es una larga historia y lleva su tiempo desarrollarla. Implica un montón de dinero, una corrupción pasmosa y unos tipos peligrosos de verdad que no se lo pensarían dos veces antes de meter un par de balas entre los ojos a mí, a ustedes, a mi cliente y a cualquiera que haga más preguntas de la cuenta.

Hubo una larga pausa mientras Lacy y Hugo asimilaban sus palabras.

—Entonces ¿por qué se ha implicado en este asunto? —preguntó ella finalmente.

—Dinero. Mi cliente quiere presentar una demanda apelando a la ley de protección del denunciante de Florida. Sueña con conseguir millones. Yo me llevaré un buen pellizco y, si todo va bien, no volveré a necesitar ningún cliente más.

—Entonces debe de ser un funcionario del estado —señaló Lacy.

—Conozco la ley, señora Stoltz. Usted tiene un trabajo que le exige mucho; yo, no. Tengo tiempo de sobra para profundizar en los artículos del código penal y la jurisprudencia. Sí, mi cliente es funcionario del estado de Florida. No, no se puede revelar su identidad; por lo menos, no ahora. Quizá mucho más adelante, si hay dinero encima de la mesa, entonces tal vez puedan convencer a un juez para plantear un expediente cerrado. Pero, de entrada, mi cliente está demasiado asustado para firmar una demanda formal en la Comisión de Conducta Judicial.

—No podemos seguir adelante sin una denuncia por escrito firmada —dijo Lacy—. La ley, como bien sabe, es muy clara al respecto.

—Desde luego que lo sé. Firmaré yo la denuncia.

—¿Bajo juramento? —preguntó Hugo.

—Sí, tal como se exige. Creo que mi cliente dice la verdad y estoy dispuesto a poner mi firma.

—¿Y no tiene miedo?

—He vivido asustado mucho tiempo. Supongo que ya estoy acostumbrado, aunque las cosas podrían ponerse peor. —Mix cogió otro expediente y sacó unos documentos, que dejó encima de la mesa antes de continuar—: Hace seis meses fui al juzgado de Myrtle Beach y me cambié de nombre. Ahora soy Greg Myers, que es el nombre que usaré en la denuncia.

Lacy leyó la orden judicial de Carolina del Sur y, por primera vez, dudó que hubiera sido una buena idea ir a Saint Augustine a reunirse con ese tipo. Un funcionario estatal demasiado asustado para dar la cara. Un abogado reformado tan espantado que había ido a un juzgado de otro estado para cambiarse de nombre. Un exconvicto sin dirección postal fija.

Hugo leyó la orden judicial y, por primera vez desde hacía años, pensó que ojalá llevara un arma encima.

—¿Cree que en estos momentos está viviendo de incógnito? —preguntó.

—Digamos que me ando con mucho cuidado, señor Hatch. Soy un capitán de barco experimentado que conoce el agua, los mares, las corrientes y los bajíos, los cayos, las calas apartadas y los escondrijos mucho mejor que cualquiera que me busque... En caso de que alguien lo esté haciendo.

—Bueno, desde luego parece que está ocultándose —dijo Lucy.

Myers se limitó a asentir como si le diera la razón. Los tres tomaron un sorbo de sus bebidas. Por fin llegó un poco de brisa y se llevó parte de la humedad.

—Una pregunta —dijo Lacy mientras hojeaba aquel delgado expediente—: ¿estuvieron sus problemas legales relacionados de algún modo con la conducta procesal dolosa de la que quiere hablar?

El hombre dejó de asentir mientras sopesaba la pregunta.

—No.

—Volvamos a este misterioso cliente. ¿Tiene alguna clase de contacto directo con él? —preguntó Hugo.

—Ninguno en absoluto. Se niega a usar email, correo postal, fax o cualquier tipo de teléfono que pueda rastrearse. Habla con el intermediario, y este o bien me visita en persona o me llama con un móvil de usar y tirar, uno de esos desechables. Es incómodo y fatigoso, pero bastante seguro. No hay rastros ni registros; no queda nada.

—Y si tuviera que ponerse en contacto con él ahora mismo, ¿cómo lo localizaría?

—Nunca he tenido que hacerlo. Supongo que llamaría al intermediario y esperaría una hora o así.

—¿Dónde vive su cliente?

—No estoy seguro. En algún punto de la península de Florida.

—Bueno, ¿cuál es la historia? —preguntó Lacy, tras respirar hondo y cruzar una mirada con Hugo.

Myers miró a lo lejos, a través del agua, más allá de las embarcaciones. Se estaba levantando un puente levadizo y parecía hipnotizado por la imagen.

—La historia tiene muchos capítulos, algunos aún a medio escribir —dijo finalmente—. El objetivo de esta pequeña reunión es contarles lo bastante para que les pique la curiosidad, pero también asustarlos lo suficiente para que se echen atrás si quieren. Ahora mismo la auténtica pregunta es esta: ¿quieren involucrarse en ello?

—¿Hay una conducta judicial dolosa, señor Myers? —preguntó Lacy.

—Usar el término «conducta dolosa» sería quedarse muy, pero que muy corto. Lo que sé implica una corrupción a un nivel que nunca se ha visto en este país. El caso, señora Stoltz y señor Hatch, es que los dieciséis meses que pasé en la cárcel no fueron una completa pérdida de tiempo. Me pusieron a cargo de la biblioteca de Derecho y no levanté la nariz de los libros. He estudiado todos y cada uno de los casos de corrupción judicial que se han llevado ante los tribunales en los cincuenta estados. Conservo la investigación, los expedientes, las notas, todo. Soy la fuente más indicada si alguna vez necesitan un sabelotodo sobre el tema. Y en la historia que les puedo contar hay más dinero sucio que en todas las demás juntas. También implica sobornos, extorsión, intimidación, juicios amañados, al menos dos asesinatos y una condena injusta. A una hora de aquí hay un hombre pudriéndose en el corredor de la muerte al que tendieron una trampa. El responsable del delito probablemente está sentado ahora mismo en su barco, uno mucho más bonito que el mío.

Se interrumpió, echó un trago del botellín y les lanzó una mirada engreída, satisfecho de haber captado toda su atención.

—La cuestión es si quieren involucrarse en esto. Podría ser peligroso.

—¿Por qué nos ha llamado a nosotros? —indagó Hugo—. ¿Por qué no ha acudido al FBI?

—Ya me las vi con el FBI, señor Hatch, y las cosas se torcieron. No confío en ellos ni en nadie que lleve placa, y menos aún en este estado.

—Se lo repito, señor Myers, no vamos armados —dijo Lacy—. No somos investigadores criminales. Me da la impresión de que usted en realidad necesita varias secciones del gobierno federal.

—Pero tienen autoridad para enviar citaciones —respondió Myers—. Hay leyes que les otorgan derecho a obtenerlas. Pueden exigir a cualquier juez de este estado que ponga a su disposición todas las actas archivadas en su despacho. Tienen un poder considerable, señora Stoltz. Así que, en muchos sentidos, sí que investigan actividades criminales.

—Es verdad, pero no estamos preparados para enfrentarnos a gánsteres —afirmó Hugo—. Si su historia es cierta, tiene pinta de que los malos están bien organizados.

—¿Han oído hablar alguna vez de la Mafia del Siluro? —preguntó Myers después de darle un buen trago a la cerveza.

—No —reconoció Hugo.

Lacy negó con la cabeza.

—Bueno, es otra larga historia. Sí, señor Hatch, se trata de una banda bien organizada. Tienen un largo historial de delitos que no son de su incumbencia porque no tienen relación con miembros de la judicatura. Pero hay un asunto en el que han comprado a un juez. Y eso sí que les concierne.

El Conspirator se meció al pasar cerca de ellos un viejo barco camaronero y por un momento los tres guardaron silencio.

—Y si decidimos no involucrarnos, ¿qué? ¿Qué pasa con su historia? —preguntó Lacy.

—Si presento una denuncia formal, ¿no están obligados a tomar cartas en el asunto?

—En teoría, sí. Como seguramente sabe, tenemos cuarenta y cinco días para llevar a cabo una evaluación a fin de determinar si la denuncia tiene algún fundamento. Luego la notificamos al denunciado, el juez, y le fastidiamos el día. Pero también se nos da muy bien ignorar denuncias.

—Ah, sí. Somos burócratas. Cuando se trata de eludir y demorar algo, estamos a la altura de los mejores —dijo Hugo con una sonrisa.

—Con esta denuncia no van a poder hacerlo —aseguró Myers—. Es demasiado gorda.

—Si es tan gorda, ¿cómo es que no ha salido a la luz antes? —preguntó Lacy.

—Porque aún está en marcha. Porque no ha habido el momento adecuado. Por muchas razones, señora Stoltz; la más importante de las cuales es que nadie con conocimiento del asunto ha estado dispuesto a dar un paso adelante hasta ahora. Yo voy a hacerlo. La cuestión es simplemente la siguiente: ¿quiere la Comisión de Conducta Judicial investigar al juez más corrupto de la historia de la jurisprudencia estadounidense?

—¿Uno de los nuestros? —preguntó Lacy.

—Así es.

—¿Cuándo nos dará el nombre de ese tipo? —indagó Hugo.

—Dan por sentado que es un hombre.

—No damos nada por sentado.

—Es una buena manera de empezar.

La tibia brisa cesó por fin y el oscilante ventilador que traqueteaba sobre sus cabezas no hacía más que mover de aquí para allá el pegajoso aire. Myers pareció ser el último de los tres en darse cuenta de que tenían las camisas adheridas a la piel y, como anfitrión de la pequeña reunión, tomó finalmente la iniciativa.

—Vamos a dar un paseo hasta aquel restaurante para tomar una copa —propuso—. Tienen un bar interior con el aire acondicionado a todo trapo.

Luego agarró una bolsa de cuero en bandolera de color aceituna, muy desgastada y que al parecer siempre llevaba pegada al cuerpo. Lacy se preguntó qué habría dentro. ¿Una pistola pequeña? ¿Dinero en metálico, un pasaporte falso? ¿Quizá otro expediente?

—¿Es uno de los lugares que frecuenta? —preguntó Lacy mientras caminaban por el muelle.

—¿Por qué iba a responder esa pregunta? —repuso Myers, y ella pensó que ojalá no hubiera dicho nada.

Estaba en tratos con un hombre invisible, con alguien que vivía como si siempre tuviera el cuello en el tajo, y no con un marinero despreocupado que navegaba de puerto en puerto. Hugo negó con la cabeza. Lacy sintió deseos de patearse el trasero a sí misma.

El restaurante estaba vacío, y se sentaron en el interior a una mesa desde la que se veía el puerto. Después de haber estado asándose al sol durante la hora anterior, el aire les resultó incluso demasiado frío. Té con hielo para los investigadores, café para el señor Myers. Estaban solos; nadie podía oírlos.

—¿Y si este caso no nos entusiasma? —dijo Hugo.

—Entonces supongo que en algún momento pasaré al plan B, pero la verdad es que no quiero. El plan B implica a la prensa, a un par de periodistas que conozco, ninguno de los cuales es totalmente de fiar. Uno está en Mobile, el otro en Miami. A decir verdad, creo que se asustarán enseguida.

—¿Qué le hace pensar que nosotros no nos asustaremos con tanta facilidad, señor Myers? —preguntó Lacy—. Como le hemos dicho, no estamos acostumbrados a vérnoslas con gánsteres. Y, de todos modos, ya tenemos un montón de casos asignados.

—Seguro que sí. No hay escasez de jueces corruptos.

—De hecho, no hay muchos. Solo unas cuantas manzanas podridas, pero hay suficientes litigantes contrariados para que estemos ocupados. Recibimos muchas quejas, la mayoría sin apenas fundamento.

—Ya.

Myers se quitó lentamente las gafas de aviador y las dejó en la mesa. Tenía ojos de bebedor, enrojecidos e hinchados, rodeados de piel pálida, un contraste que le concedía cierto parecido con un mapache invertido. Saltaba a la vista que rara vez se quitaba las gafas. Miró a su alrededor una vez más, como si quisiera asegurarse de que quienes iban tras él no estaban en el restaurante, y luego pareció relajarse.

—¿Qué hay de esa Mafia del Siluro? —preguntó Hugo.

Myers gruñó con una sonrisa, como si se muriera de ganas de soltarles el rollo.

—Así que quieren oír la historia, ¿eh?

—La ha sacado usted.

—Así es. —La camarera dejó las bebidas en la mesa y desapareció. Myers tomó un sorbo y empezó—: Se remonta a hace cincuenta años, más o menos. Había una especie de pandilla de chicos malos que hacían de las suyas en diferentes zonas de Arkansas, Mississippi y Luisiana, en cualquier parte donde podían sobornar a un sheriff. Se dedicaban sobre todo al contrabando de prava, la prostitución y el juego; los pecados a la antigua usanza, supongo, pero con mucha fuerza bruta y cadáveres en abundancia. Escogían un condado antiprohibicionista cerca de un desierto baptista, a ser posible en la frontera interestatal, y montaban sus chanchullos. Invariablemente, los vecinos se hartaban, acababan eligiendo a un nuevo sheriff y los matones se largaban de la ciudad. Con el tiempo, se asentaron a lo largo de la costa de Mississippi, en torno a Biloxi y Gulfport. Aquellos que no acababan muertos a tiros eran encausados o enviados a la cárcel. Casi todos los gánsteres originales habían desaparecido a principios de los ochenta, pero quedaban unos cuantos de una generación más joven. Cuando se legalizó el juego en Biloxi, aquello tuvo un gran efecto sobre su cotarro. Se trasladaron a Florida y descubrieron el atractivo de los fraudes inmobiliarios, junto con los asombrosos márgenes de beneficios que dejaba el tráfico de cocaína. Ganaron mucho dinero, se

reorganizaron y se transformaron en una organización conocida como la Mafia de la Costa.

Hugo negaba con la cabeza.

—Yo me crié en el norte de Florida, he estudiado aquí, tanto en la universidad como luego en la facultad de Derecho; he vivido aquí toda mi vida y me he pasado los diez últimos años investigando la corrupción judicial, y nunca he oído hablar de la Mafia de la Costa.

—No se anuncian en los diarios y sus nombres nunca aparecen en la prensa. Dudo que hayan detenido a uno solo de sus miembros en los últimos diez años. Es una red pequeña, muy unida y disciplinada. Sospecho que la mayoría de sus integrantes están emparentados entre sí. Probablemente alguien se habría infiltrado, los habrían trincado y enviado a todos a chirona de no ser por el ascenso de un tipo al que de momento llamaré Omar. Un mal bicho, pero un hombre muy listo. A mediados de los ochenta, Omar llevó a la banda al sur de Florida, que por entonces era el foco principal del tráfico de cocaína. Disfrutaron de unos cuantos años buenos y luego las cosas se torcieron cuando se la jugaron a unos colombianos. A Omar le dispararon e hirieron. Su hermano también recibió disparos, pero no tuvo tanta suerte: no sobrevivió y nunca se encontró su cadáver. Se fueron de Miami, pero no de Florida. Omar tiene un cerebro privilegiado para el crimen y, hace unos veinte años, se encaprichó con la idea de construir casinos en territorio indio.

—¿Cómo es que no me sorprende? —masculló Lacy.

—Ya ven por dónde van los tiros. Como probablemente saben, ahora hay nueve casinos indios en Florida, siete de ellos propiedad de los seminolas, la tribu más grande con diferencia, y una de las tres únicas reconocidas por el gobierno federal. En conjunto, los casinos seminolas obtienen unos ingresos brutos de cuatro mil millones al año. A Omar y sus chicos les pareció una oportunidad irresistible.

—Así pues, en su historia están implicados criminales organizados, indios que poseen casinos y un juez corrupto; todos ellos conchabados, ¿no? —apostilló Lacy.

—Es un resumen bastante acertado.

—Pero el FBI tiene jurisdicción sobre los asuntos de los indios —señaló Hugo.

—Sí, y el FBI nunca ha mostrado mucho entusiasmo en perseguirlos por ninguna clase de comportamiento delictivo. Además, señor Hatch, y haga el favor de escucharme con atención, porque empiezo a repetirme, yo no tengo tratos con el FBI.

(...)